



De camino a Casa

Europa

Capítulo 1

Un invierno en Europa

“Si crees en ti, no hay nada que te pueda detener, has entregado tu corazón, tu esencia ha florecido, con amor y ensoñación, como la flor de edelweiss, en lo más alto de las montañas. Es ella la que te ha buscado a ti”,

Volé hacia Europa y dejé atrás el continente africano, alejándome de él como si lo hiciera definitivamente, por siempre, para librarme de aquellas noches sin dormir asfixiado por el calor, con las gotas de sudor cayendo desde mi cara hacia el ombligo, sin aire ni luz, en aquellos lugares perdidos en medio de la nada, solitario y huérfano como un león macho que abandona la manada y se vuelve nómada. Entonces, mientras veía por la ventana del avión cómo un cielo azul claro y profundo sombreaba el mar Mediterráneo, supe que sería imposible alejar de mi memoria los recuerdos de aquel continente, aquella noche de diciembre de 2014 cuando llegué al África en barco por el mar Rojo, a la península del Sinaí, Egipto, donde se fusionaba la vida marina a la presencia perpetua del desierto y sus arenas. ¿Debía sentirme feliz o dichoso por dejar atrás tanta pobreza, tristeza y alegría? Ya nadie podría despejar la incógnita de saber si algún día volvería al África. Solo yo, con la ilusión de saber que allí estará esperándome, dolorosa, frágil y vital como la misma existencia del hombre.

Ya no estaba en ese continente rodeado de animales y naturaleza. Aterrizaba en Niza, Europa. Tras haber recorrido el África durante más de un año intentaba hacerme a la idea de lo que estaba por llegar, pensando que no sería tan intensa mi vida ni llena de emociones como en aquellos días. Luego de tan larga ausencia, volvía a mi cálido hogar europeo como la mariposa monarca que regresa a los bosques mexicanos de las frías latitudes del norte del continente para hibernar.

Regresaba a Europa con el deseo de caminar entre bosques de pinos, abedules y cedros, de conocer ciudades bellas como Venecia, Praga, Roma. Con la ilusión de navegar por las islas del Mediterráneo y ver la aurora boreal como una luz que siempre encendió mis sueños. Igual que en otras

ocasiones, pisar un nuevo continente me hacía sentir mariposas en el estómago, podría ser un regalo, una bella bailarina que sale de un cofre con música para darme una grata sorpresa.

Era una mañana liviana cuando dejé el vehículo y entré a pie en una gran plaza peatonal por donde pasaba el tranvía. Sobre el costado de la vía, faroles y altos postes se levantaban con estatuas de hombres arrodillados que representaban los siete continentes, lo que me hacía pensar que Niza era una ciudad multicultural que recibía mucha población extranjera. Me senté en un banco al lado de los cafés y restaurantes, junto a las arcadas, y me quedé un rato allí observando, con la mochila sobre mis pies. Trataba de asimilar que estaba en Europa, donde la gente se comportaba diferente, apenas escuchaba voces en las conversaciones de las personas entre las mesas, nadie se acercaba a mí para intentar venderme algo; las personas caminaban por la calle con espacio suficiente, sin atosigarse unos con otros.

En relación con África, había pasado de la vida circense de la plaza Yamaa el Fna de Marrakech a la tranquila plaza Massena de Niza, con sus fachadas rojas y anaranjadas, con sus arcos de piedra. Recuerdo la tranquilidad con la que paseaba por la ciudad de porte elegante sobre baldosas ajedrezadas hacia el casco viejo, fijando la mirada en la Fontaine du Soleil, con la estatua de Apolo como dios de la luz y el sol, para continuar transitando a lo largo de toda una avenida arbolada que se abría en el medio de los edificios de la urbe, un parque con jardines y fuentes lleno de pinos sombríos y cipreses provenzales donde se reunían las familias, jugaban los niños descalzos con los rociadores de agua que salían del suelo porcelánico, creando una gigante lámina de espejo en la que pataleaban, dejándose pulverizar por una nube de aguacero.

Me sorprendía el orden que allí había, en comparación con un zoco de Marrakech días atrás, en donde me había acostumbrado a transitar a pie por espacios públicos arrimado a la gente entre los gritos de los mercaderes.

En aquel punto, giré por entre las vías peatonales del casco viejo, buscando la dirección de mi nuevo alojamiento que estaba a la vuelta de la esquina del mercado. Resaltaban entre los árboles los toldos a rayas de los tenderetes, que contrastaban con coloridas casas de grandes balcones y contraventanas abiertas que sobresalían por entre los estrechos corredores.

Me topé con un mercadillo típico del mediterráneo, bien ordenado, donde todos los puestos de la misma medida se alineaban en un mismo orden con tablas donde colocaban las frutas relucientes y verduras bien almacenadas. Las aceras permanecían limpias, sin desperdicios de comida por el suelo, sin mucho barullo ni ruido como estaba acostumbrado en los mercados africanos.

El cielo estaba despejado, se filtraba la luz de Provenza por entre los edificios cubriendo de claridad las sombras de sus calles. Cerca del mercado encontré mi nuevo hogar. Cuando llegué, se respiraba un ambiente refinado, muy diferente al de mi anterior hospedaje en Marrakech donde todo era alborotado. Fue un gran cambio.

En Marruecos, por la calle, casi siempre me ofrecían algo, algún tema que sacar fuera el motivo que fuera. Dentro del hostel, la gente que llegaba de todas las partes del mundo estaba deseosa de relacionarse y hablar unos con los otros. Se sentaban en las mesas a escuchar o a contar cada cual sus historias viajeras. Sin embargo, en Niza, sin poder hablar el idioma francés, apenas había comunicación entre los huéspedes y yo. Había una barrera difícil de superar. Además, todo el mundo parecía estar en una actitud distante, seria y silenciosa.

Aquellos contrastes entre una y otra ciudad me hacían pensar que no era cuestión del idioma. Mirando ambos países en el mapa, en relación con España, se daba la misma distancia. Lo que me parecía una tónica general del viaje era que en los lugares más pobres reinaba más la alegría, el acercamiento entre unos y otros.

Mi periplo por Europa lo había planificado para que me pillara viajando en plena estación invernal. Opté por esas fechas porque era la temporada más económica para viajar y podía hospedarme en la mayoría de las ciudades a precios más bajos. El clima era agradable a mediados de noviembre cuando salí a dar un paseo por la Promenade des Anglais, el malecón. La gente vestía elegante, con zapatos de cuero, pantalones barqueros, camisas de manga larga y suéteres amarrados al cuello. Sin mucho gentío, andaban en bicicleta, patinaban o simplemente se bronceaban al sol.

Fue un paseo agradable a lo largo de la playa hasta llegar a las escaleras que suben a la colina del castillo, que separa la ciudad del puerto. Al mediodía, desde lo alto podía ver la panorámica de la ciudad, el mar azul intenso del

Mediterráneo con su brillante luz, que me hacía sentir ligero. Observaba los restaurantes a un lado de la calle, exhibiendo su cocina de alta calidad de pescados y mariscos, con manteles coloridos en las mesas. La arquitectura belle-époque de los edificios, con sus coronas de hierro forjado, grandes cúpulas, techos de cristal y fachadas con figuras esculpidas, todo lo que podía captar, confluyendo en bonitas plazas, jardines o parques. Niza, con su clima cálido, ambiente tranquilo y elegancia, iba serenando mis pasos poco a poco con su propia luz.

Después, al bajar, fui a dar un paseo hacia el norte por la dársena del muelle del puerto, donde había muchos yates atracados. Tuve mi primer encuentro con Adrien, un hombre que estaba amarrando su barco frente a mí, mientras yo me apoyaba en una barandilla mirando el mar. Hablaba algo de español y lucía un buen volumen y cuerpo, haciendo gala de su buena educación. Me dijo que debería conocer Mónaco si realmente quería ver grandes y lujosas embarcaciones, lo cual a mí realmente me daba igual. No era el lujo precisamente lo que regía mi vida, pero dada su proximidad a Niza, a unos veinte kilómetros, era muy fácil visitar la ciudad en el mismo día, y así lo hice.

A la mañana siguiente, bien temprano, tomé un autobús de línea que recorría la Corniche del litoral de la Riviera Francesa hacia el principado. Durante el trayecto, iba bordeando la costa, con sus casas sobre un relieve accidentado. Desde dentro del autobús, veía los veleros que iban y venían, mientras el mar reverberaba cristalino y el sol iluminaba las colinas con las olas batiendo sobre las rocas. Fue así como llegué directo a Mónaco, que al principio apareció ante mí sin mucho derroche, ya que cuando miré a la calle por el cristal de vidrio del autobús, íbamos por el interior de la ciudad que separa los dos muelles y se levanta empicada entre las piedras.

Me bajé antes de llegar a la estación central y me sentí un poco desorientado al encontrarme caminando casi al instante por calles en desnivel, con pendientes muy pronunciadas. Me di cuenta pronto de que Mónaco no era una ciudad apropiada para mí. Debía subir y bajar escalinatas por todas partes, y el cansancio que sentía en mi pierna me lo recordaba. Iba dando un paseo matinal a lo largo del puerto cuando me detuve en un puesto callejero a comer un perrito caliente. Después pedí de postre un delicioso mousse de chocolate. Al llegar a Port Hercule, todo se difuminaba ante la ostentación que allí se mostraba. Además, era un lugar

refinado donde era difícil entablar amistades, pues el lujo era la puerta de acceso para la vida social. Las mujeres llevaban pantalones, vestidos de hilo blanco y sombreros de ala ancha.

Me acostumbré a ver coches lujosos y yates. No se equivocaba Adrien con la alta riqueza que allí llegaba. Grandes fortunas del mundo con sus embarcaciones de más de veinticuatro metros de eslora estaban atracadas en el puerto, donde los patrones se movían por la cubierta con ropa de moda náutica, con tejidos de lino o algodón, fibras naturales de tonos blancos y azul marino. Llevaban pantalones con elástico de secado rápido, camisas de manga corta o a rayas de manga larga, y zapatos ligeros. En los salones y salas de estar al aire libre de los yates, los familiares se reunían en privacidad, cubrían los ojos con gafas de sol, sus cabezas con sombreros panamá de paja tejidos a mano, y en los pies calzaban sandalias de rafia natural.

Sin embargo, no había mucho en común entre esa ciudad y yo. Aquella alegría que había experimentado tantas veces al compartir con un desconocido como si fuera un hermano, lo había vivido en otros muchos sitios donde me identificaba más con la sencillez de la vida y de las personas que me rodeaban. En aquellos lugares más necesitados del mundo, donde recuerdo que fui feliz, como en las calles de la India, donde me detenía en cualquier esquina a tomar un chai y era invitado sin más a una boda.

Tampoco podía hablar de lo que no conocía, de lo que no había vivido. El hecho de ser envidioso, de juzgar a la gente rica sin conocerla, solo por el hecho de estar yo al otro lado de la barrera, no era justo. Pero sí que me había sentido más pleno en otras latitudes, con la simpatía de otras gentes. Volvía a tierras familiares después de una larga ausencia, algo parecido a la sensación de extrañeza y vacío que había experimentado cuando llegué a Australia después de mi largo periplo por Asia. Aquel cambio tan brusco de un continente a otro, donde las costumbres estaban presentes. Igualmente, tenía que adaptarme a Europa después de haber pasado más de un año recorriendo África. Era algo normal que tenía que vivir, y si mostraba una mirada atenta, sin prejuicios, como había hecho en Oceanía, podía llegar a través de mi viaje por el continente europeo al eje de mi cultura, de sus gentes, de su honda amabilidad.

Me dirigí hacia el norte, hacia el distrito Montecarlo donde se ubica su icónica plaza, me senté a tomar un agua tónica en el Café de París, al costado

de la puerta de entrada del famoso casino y la ópera. Al otro lado, se encontraba el mítico Hotel de París.

Era una suntuosidad a mi alrededor que definitivamente no comulgaba conmigo. Las fachadas imperiales y las personas sentadas en la mesa al lado de la mía, tomando un café con traje de frac y pajarita, representaban un recato al que no estaba acostumbrado. No era porque no hubiera estado en otras ciudades elegantes, pero me encontraba mejor envuelto en el encanto y glamur de su vecina Niza; prefería pasear por las calles del barrio viejo donde vivía, con aquel aroma a jabones de Marsella y flores en sus mercados, o sentarme en un banco del parque dejando pasar la vida mientras escuchaba a los niños gritar mientras jugaban y mojaban sus manos y pies.

Caída la tarde, regresé a Niza y me dirigí directamente al hostel para programar mi siguiente destino. Tenía la intención de viajar a otro país, pero no planeaba pasar muchos meses recorriendo el continente europeo, quizás porque lo tenía tan cerca de mi país de origen. Mi siguiente destino era Italia, específicamente Florencia. Sin embargo, escuché en los medios que, debido a varios ataques terroristas ocurridos en la noche del 13 de noviembre de 2015 en París, todas las fronteras se encontraban cerradas y no permitían entrar ni salir del país.

Decidí verificar en internet si podía comprar un boleto de transporte hacia Florencia. Afortunadamente, no tuve problemas con la reserva, pero al día siguiente partí con la incertidumbre de no saber si realmente podría atravesar la frontera. Durante el viaje, que comenzó a medianoche, pasé la mayor parte del tiempo durmiendo en el pasillo del autobús, junto a otros inmigrantes que viajaban desde Portugal. Fue extraño presenciar esa escena de personas tiradas en el suelo dentro del autobús en Francia, como si siguiera viajando por africa. Además, las noticias de televisión del día anterior aseguraban que nadie podía entrar ni salir del país.

Desperté después de seis horas de viaje y me di cuenta de que estábamos llegando a la ciudad de Florencia en el amanecer. Los edificios absorbían la luz del sol, con sus paredes amarillentas y puertas y ventanas antiguas de madera de roble. El cielo se iba aclarando mientras caminaba por las aceras, inmerso en la atmósfera de una ciudad donde, al levantar la vista, destacaban la torre del Palacio Vecchio y la cúpula de ladrillos del Duomo, sobresaliendo por encima de los edificios con techos de terracota roja.

Desde lejos, podía ver cómo acariciaban las colinas en la distancia. La temperatura no era muy fría, alrededor de doce grados, pero el día era un poco más fresco que en Niza, ya que estábamos a finales de otoño.

Una vez llegué, busqué un hotel económico y descansé. La recepción era una sala de estar, y compartía una habitación de tres camas con Alberto, un colombiano con el que tuve el gusto de conversar, aunque fuera por poco tiempo. Hablamos un poco sobre mis viajes y sobre su familia en Bogotá, donde su esposa e hijo le esperaban. También me contó sobre su trabajo como pediatra en una clínica, lo cual me hizo recordar su país natal, al que siempre quiero volver. Alberto era una persona sencilla, típica de la amabilidad y cercanía del pueblo colombiano. El suelo de la habitación era de baldosas de cerámica, el baño era compartido y la ventana daba a un espacio abierto por donde entraba el sol. Las escaleras del primer piso conducían a la salida.

Al día siguiente, decidí salir a explorar los alrededores de Florencia. A medida que caminaba, me di cuenta de que la ciudad era pequeña y perfecta para recorrer a pie. Llegué a la Piazza del Duomo, el centro religioso de la ciudad, después de atravesar varias calles. En ese lugar, los edificios parecían cerrarse sobre mí, absorbiendo todo a su alrededor con su imponente presencia. Sentí que estaba adentrándome en un laberinto de formas, donde la geometría dominaba el espacio y la luz se filtraba de manera lineal, iluminando el mármol de las fachadas y el suelo en tonos caramelo y miel. La catedral de Santa María del Fiore-Duomo, el Campanile de Giotto y el Battistero di San Giovanni, con sus columnas de piedra gris y paredes revestidas de mármol verde, blanco y rosado, destacaban con cada detalle. Todo el conjunto parecía tridimensional, lleno de líneas, puntos rectos y figuras que resaltaban debido a su geometría y diseño.

En medio de la plaza, me encontré con un hombre sentado tocando el violín. La melodía que salía de su instrumento no era otra que la banda sonora de El Padrino. Aquel sonido tocó una fibra sensible en mí y me detuve al instante para escucharlo. Las parejas de turistas paseaban por la plaza, tomadas de la mano, abrazándose y apoyando sus cabezas en los hombros del otro, envueltos en un ambiente romántico que por un momento parecía hacer olvidar cualquier discusión amorosa.

Aunque el invierno aún no había llegado, los niños lucían sus gorros de nieve, bufandas y guantes, todos combinados. En ese momento, recordé a

los niños en África, medio desnudos, llevando a sus hermanos pequeños a cuestas en Mali, o cuando se acercaban al coche para comerciar cuando viajaba con Boudry. También pensé en aquellos que vivían mendigando en las calles de El Cairo, Adís Abeba, Lomé, Cotonú y Dakar. Mi mente se llenó de recuerdos y de la tristeza que me provocaban esas imágenes del continente africano que llevaba dentro de mí. Recordé el columpio que giraba y giraba en Luderitz (Namibia) hasta detenerse. En ese momento, me encontraba melancólico, sentado en un banco, escuchando aquella melodía y fijando mi mirada en los rostros de esos niños, reflexionando sobre cómo la vida de algunas personas cambia drásticamente simplemente por nacer en un lugar u otro. No pude evitar sentir una sensación de frustración en ese instante.

Al terminar la canción, me levanté y dejé una propina en la gorra que el hombre tenía en el suelo. Continué mi camino, consciente de que todos esos intensos recuerdos habían ocurrido en el breve lapso de una canción, como si nuestra vida entera pudiera caber en un instante. En ese momento, recordé lo injusto que es el mundo para muchos niños que nunca tendrán un futuro cercano, que no pueden crecer con las mismas oportunidades que otros.

A pesar de haber llegado a Europa y de percibir todo con un matiz positivo, me di cuenta de que había vuelto a sumergirme en esa burbuja que durante tantos años había limitado mi visión de la vida. Mi infancia y adolescencia se reflejaban en una calle, la Piazza Duomo de Florencia. Por un instante, el tiempo se detuvo para mí.

Después de unos pasos hacia el sur de la catedral, llegué a la Piazza Central Della Signoria, que presentaba un espacio más amplio. Mi mirada se centró en el Palacio Vecchio y su torre arnofiana con muros de piedra arenisca, así como en las estatuas alineadas frente a él: Adán y Eva, Hércules y Caco. Al lado, se encontraba la plaza con la fuente de Neptuno. Allí, respiré profundamente bajo la luz del cielo abierto y extendí mi vista hacia la profundidad, observando a la gente pasear sin la confusa perspectiva de la cercana Piazza Duomo. Me senté a descansar en unos bancos de piedra junto al pórtico de la Señoría, donde destacaban las pilastras, los arcos de medio punto y las esculturas renacentistas, como los leones de Medici y Perseo con la cabeza de Medusa.

Era inevitable sentirme como en un museo al aire libre, donde todo el arte me transmitía una sensación de perfección y equilibrio entre las formas. Sin embargo, siendo sincero, el turismo cultural ya no ocupaba un lugar prioritario en mi lista de preferencias (en detrimento del encuentro espontáneo con la gente local). La huella que Florencia había dejado en mí era reconocer el trabajo de aquellos geniales hombres como Leonardo, Miguel Ángel, Donatello y Botticelli, plasmado en frescos, estatuas y fuentes. Eran seres de carne y hueso que parecían más divinos que los reyes de los imperios, incluso más que Julio César de Roma. Ya habría tiempo para hablar de banalidades más adelante.

Después de salir de la plaza, decidí dar un paseo a lo largo del río Arno. Me senté en el muro para relajar los músculos, con la imponente Florencia a mi derecha y a mi izquierda un barrio más antiguo y auténtico, con pequeñas casas donde el Puente Vecchio atravesaba el río en uno de sus puntos. No era un enlace común por el que pasaran vehículos, sino uno exclusivo para peatones. Una estructura de piedra sostenida por tres arcos, con casas habitadas en la parte superior, integradas en la ciudad como un edificio más sobre el agua. Florencia seguía mostrando una figura eterna y romántica. La luz que antes se reflejaba en los mármoles policromados entonces se convertía en un espejo sobre el agua turbia, mientras el cielo se nublaba y los turistas paseaban de un lado a otro, deteniéndose en los bordes de la pasarela para visitar los mercadillos y las tiendas de orfebres y joyeros. Luego, me dirigí de regreso a mi hotel, donde ya no volví a ver a Alberto, y descansé el resto del día.

Capítulo 2

SPQR

Partí de Florencia rumbo a Roma, con un día claro que aumentaba mi entusiasmo por llegar a la capital de Italia. Sentía cierta emoción mientras atravesaba el Val di Chiana en autobús, pasando por el centro del país, con sus colinas cubiertas de viñedos y campos de trigo. Los cipreses se alzaban con su verde perenne, formando un perfil fino y elegante, marcando los caminos hacia los pueblos de la Toscana con sus troncos rectos y su corteza delgada. Después de tres horas de viaje, llegué a Roma, una ciudad que, por su grandeza pasada, irradiaba un aura milenaria. Me alojé en un hotel económico que ocupaba todo un antiguo edificio de cuatro plantas, cerca de la estación de autobuses Roma Tiburtina, en la parte noreste de la ciudad, donde operaba la compañía Flixbus con la que había viajado. Era un barrio bien comunicado con el centro, lleno de bares, tiendas y locales de moda.

Una vez instalado, lo primero que hice fue visitar el Coliseo, conocido en la antigüedad como “Anfiteatro Flavio”. Al entrar, dirigí mi mirada hacia la arena y me transporté al pasado. El Coliseo era tal y como lo había imaginado: imponente e inmutable al paso del tiempo. Su grandiosidad era colosal y pocos lugares en el mundo lograron capturar mi imaginación como aquel día en el Coliseo. Desde una posición elevada en el anfiteatro, contemplé lo que quedaba de los pasillos y galerías inferiores donde los gladiadores eran encerrados antes de salir a luchar a vida o muerte en la arena. Pude visualizar a la multitud en las gradas del circo, vitoreando en los juegos destinados a entretener a la plebe. A lo lejos, la figura seductora de Cleopatra, la última reina de Egipto, y a Julio César y Marco Antonio sucumbiendo a sus encantos. Si el pulgar se señalaba hacia abajo, estaba sellado el destino. Era la grandeza de Roma.

Al salir del Coliseo, en la misma calle, al igual que me había sucedido en Florencia, todo parecía un museo en sí mismo. El Foro y el Palatino Romano, que eran el corazón de la antigua Roma, desprendían historia por todas partes. Sus ruinas y templos me transmitieron la sensación de estar frente a lo eterno. Sin embargo, pasear por Roma no era como en Florencia, las

distancias eran mayores y mi pierna comenzaba a flaquear. Horas más tarde, caminaba por los pasillos de los Museos del Vaticano, observando las diferentes salas con las Estancias de Rafael. Allí me encontré con varios artistas contemporáneos que realizaban trabajos de restauración, dándole vida y color a las pinturas. Me preguntaba quiénes eran esos jóvenes que no temblaban al realizar tal trabajo, lo orgullosos que debían sentirse sus padres y, por qué no, el mismísimo Rafael, quien falleció en 1520 a los treinta y siete años sin imaginar que quinientos años después su legado seguiría vivo.

En sus retratos, podía percibir la vida mundana y espiritual. Mientras contemplaba el fresco de la Escuela de Atenas, que representa a diversos sabios de la época, como Pitágoras, Parménides y Arquímedes, reunidos junto a sus alumnos, aprendí que la filosofía no nació en un aula, sino en las calles de una ciudad donde Sócrates, nacido en Atenas, enseñaba filosofía a la comunidad, a sus vecinos y amigos, en plazas, parques o mercados. Él, el padre de la filosofía, maestro de Platón, que ingresaba al aula sosteniendo el Timeo, que habla sobre la cosmogonía y el alma del mundo, junto a su discípulo Aristóteles y su obra sobre ética y moral. Aquella pintura me hizo comprender que la filosofía es humana, no meramente académica. Pude captar que se puede encontrar en la vida cotidiana, cuando el ser humano se desenvuelve en el mundo. Me dio a deducir que otra forma de crecer y filosofar es a través de los viajes, no solo adquiriendo conocimientos teóricos, sino también a través de la experiencia, para contrastar y formar un criterio propio.

También lo sentí cuando contemplé, minutos después, las pinturas al fresco de Miguel Ángel en la bóveda de la Capilla Sixtina, una representación divina según la mitología romana. Levanté mi vista al ábside y pude, como una persona común, glorificar su obra: el Juicio Final. Un mural que solo el artista puede discernir con su valor moral y los académicos pasan toda una vida estudiando. Observé la visión religiosa y existencial de Miguel Ángel sobre la humanidad, desde la creación de Dios y el primer hombre, Adán, hasta la representación de la desnudez en contraposición a la Iglesia de Roma, los ángeles, las vírgenes, los demonios, las luces y las tinieblas. Aquella experiencia en Roma me había transportado de vuelta a mi seno familiar, al recuerdo del hogar.

Mientras contemplaba los frescos, vino a mi mente la figura de la Virgen de la Santina de Covadonga, un regalo de mi abuela que guardaba en mi mochila. Ella había sido mi protectora a lo largo de todos los años de travesía, y en ocasiones depositaba mi fe en ella. Rezaba cuando la colocaba en mi mesita de noche en momentos de vacío y deseo, buscando llenar mi hueco interior y reencontrarme con mi abuela, con mi madre, con mi familia una vez más. Comencé a reflexionar sobre mi existencia, sobre Dios, la religión. Y entonces, yo, que había iniciado mi vida cristiana con los sacramentos del bautismo, la confirmación y la eucaristía al ser educado en el seno de una familia católica, llegué a entender en la ciudad de Roma que la religión no se limita a la comprensión superficial de una línea, sino al entendimiento de la integridad y otras cuestiones más.

Al salir, me detuve en una de las tiendas de souvenirs y recordé que mi madre me había pedido un rosario. Sabía que el nuevo Papa era argentino, pero no recordaba su nombre. Había una amplia gama de rosarios con las imágenes de todos los papas y las épocas correspondientes. Señalé uno y pregunté si aquel era el Papa actual, y cuando me confirmaron que era el Papa Francisco, compré dos: uno para mi madre y otro para mi abuela. Los guardé en el bolso y luego continué mi recorrido por los pasillos interiores hacia la Basílica de San Pedro. Quedé asombrado al entrar por la puerta y contemplar la magnitud de sus dimensiones. Era enorme y exhibía poder y ostentación. A la salida, me encontré a los pies de la Plaza de San Pedro, donde la cúpula de la iglesia resplandecía majestuosa sobre el cielo de Roma. Así concluyó mi recorrido por la eterna ciudad sagrada del catolicismo.

El invierno se acercaba en Roma, el clima era soportable, igual que en Florencia, diría que agradable. La luz de los atardeceres pintaba las piedras y monumentos con su historia en un amplio espacio que abarcaba su imperio.

En Roma, tomé un ferry hasta Palermo. No quería irme de Italia sin conocer esa región, que por siglos ha vivido las épocas de colonización de las civilizaciones más antiguas, ocupada por fenicios, griegos, cartagineses, romanos, bizantinos, normandos, árabes. Una isla ubicada en la Italia insular, separada de la península itálica.